

N O T A S

MANIFIESTO EN PRO DE LA EDUCACION NACIONAL

La revista mensual *Cahiers Pédagogiques*, publicada por el Comité Universitario de Información Pedagógica de Francia, presentó en abril de este año un número especial, con el título *Manifeste pour l'éducation nationale*. Recogemos y hacemos nuestras las inquietudes que vibran en esas páginas.

En todos los dominios de la actividad económica, en todos los sectores de la acción social, en todos los niveles de la creación artística, literaria o científica, *nuestra época se caracteriza por la rapidez y profundidad de los cambios*, del progreso, dicen algunos. La Universidad no debe embozarse en su dignidad, sus tradiciones o su justificada amargura. Tiene una función eminente que cumplir en esta génesis, en esta fabulosa elaboración del porvenir que constituye nuestro deber presente.

Quisiéramos persuadir a todos de que la formación de la juventud es la primera obra de una comunidad que quiere cumplir una misión en el destino del mundo. Esto exige esfuerzo financiero colectivo, atrevimiento en la concepción (el mayor daño para el futuro es reducirlo a las dimensiones del presente), perseverancia inquebrantable. *A los educadores*, sobre todo, quisiéramos comunicarles nuestra convicción de que, incluso si los créditos fueran suficientes, su espíritu debe estar preparado para las innovaciones indispensables; no sólo para aceptarlas, sino para quererlas, extenderlas, renovarlas. De su lucidez y de su imaginación práctica dependerá que las leyes futuras lleguen a ser realidades fecundas.

La evolución social se acelera.—Necesitamos cada vez más técnicos calificados y que sean capaces de afrontar a lo largo de su carrera un cambio completo de actividad. Los progresos técnicos aportan la reducción del tiempo de trabajo; la educación debe pre-

pararnos para la utilización inteligente de los ocios y la participación activa en la vida social.

El hecho de la *prolongación de la escolaridad* es consecuencia del progreso social, que, a su vez, debe ser acelerado y orientado por la generalización y reforma de los estudios secundarios. La escuela primaria y la secundaria deben realizar esa verdadera orientación, sin la que nuestra sociedad continuará desperdiciando su mayor tesoro: las cualidades diversas de su juventud. A la modificación de las estructuras debe corresponder también el cambio en el contenido y los métodos de enseñanza. *El humanismo verdadero* adapta la indispensable transmisión de la experiencia histórica a las realidades y esperanzas presentes: está abierto a la información social y económica, hoy desconocida; al arte, tan descuidado; a los nuevos medios de expresión, ignorados, a pesar de su poder inmenso. *Hemos de terminar con el enciclopedismo* de principio, con el mito de la «cultura», convertido en enorme bulto, con frecuencia vacío de contenido. El plan de estudios no debe resultar de programas con arquitectura de fachada, redactados para satisfacción del espíritu adulto, sino que debe ser establecido según las posibilidades de trabajo real de los jóvenes y para su auténtica formación.

Pero el mejor plan no será sino un proyecto del espíritu, si no se conceden los *medios suficientes* para su realización. Estos medios son *de orden financiero, administrativo y humano*. El dinero es el nervio de la educación, tanto como de la guerra. El presupuesto de la educación nacional debe ser prioritario. La escuela debe ser organizada como un servicio público y disponer de amplia autonomía financiera. La educación nacional debe ser regida por un ministerio único, sin tutela paralizante de los otros ministerios. Toda la Universidad, beneficiándose en todos los grados de la colaboración de los consejos bipartitos de educadores y padres, debe asegurar su independencia frente a los poderes políticos, los intereses económicos o financieros y las influencias locales.

Debemos también *resistir a la tendencia centralizadora* de nuestra administración, que ahoga las iniciativas. En un cuadro preciso, pero sin estrechez, las diversas academias deben ser dueñas de su propio desarrollo. De modo parecido, y en la escala del establecimiento, los educadores y alumnos deben sentirse elementos de una gran fuerza, y, por tanto, responsables del progreso en su sector. Desde este punto de vista, la escuela debe realizar el aprendizaje de la vida social, en la que participe activamente la juventud, cuyos recursos de entusiasmo quedan muy a menudo inutilizados; la escuela debe inscribir en la realidad cotidiana los principios de libertad, es decir, de responsabilidad y de tolerancia; de lo contrario, tendríamos una democracia sin demócratas. En fin, la escuela misma debe ser democrática, accesible a todos igualmente. Que cada ciudadano se sienta responsable de su escuela, que ésta cobre relieve dentro del

cuadro de la vida local, ya que a ella se confía el mayor bien de los ciudadanos, sus hijos.

Deber primordial de la nación es *formar a sus maestros* según lo piden sus responsabilidades; nunca se cuidará bastante la formación pedagógica, científica y moral de quienes tendrán a su cargo la juventud. Debe cesar cuanto antes el hecho escandaloso de que los jóvenes mejor dotados para la enseñanza se desvíen de esa carrera para conseguir situaciones menos desprestigiadas. Es menester que todos se sientan solidarios con la obra escolar y que honren, material y moralmente, la función educativa como se lo merece.

* * *

Al manifiesto que hemos resumido en las líneas precedentes sigue una *llamada* a todos los interesados en el quehacer educativo: maestros, padres, personalidades, responsables políticos, gobernantes; y para suscitar de nuevo la reflexión, se añaden una serie de *anejos*, con sugerencias, proyectos, deseos... que compendiamos y adaptamos para nuestros lectores.

La educación ha evolucionado siempre a lo largo de la historia humana, porque su contenido, sus métodos y su organización están condicionados por la situación económica, social, política y cultural de la sociedad en la que se desarrolla. Que el mundo actual evoluciona a un ritmo extraordinariamente rápido es una verdad que se impone al observador menos despierto. El crecimiento y movimiento demográficos, el desarrollo científico y técnico, las profundas modificaciones en el trabajo y en los descansos, la crisis de los valores morales tradicionales, los nuevos medios de expresión y de presión social, la participación más intensa en la vida social, las organizaciones a escala mundial... son hechos que el educador no debe ignorar.

La tarea educativa tiene por ello una amplitud sin precedente.— La prolongación de la escolaridad no es hoy una medida demagógica. A primera vista, la educación aparece como empresa deficitaria, pero, en realidad, y hoy más que nunca, el número de hombres y mujeres que han recibido formación larga y cuidada constituye para un país el factor decisivo de su potencia y prosperidad. *Se requiere* aumentar las inversiones y presupuestos destinados a la educación, renovar la distribución geográfica de los establecimientos escolares y universitarios, edificar conjuntos escolares que favorezcan la expansión humana y el aprendizaje de la vida social. La arquitectura escolar debe adaptarse a las necesidades precisas de la educación; un establecimiento escolar no es sólo un conjunto de clases, dormitorios y comedores... Todos conocemos esos amontonamientos de alumnos en clases, pasillos, patios de recreo, que favorecen todo, menos una

educación equilibrada. Los colegios y residencias universitarias deben ser hogares acogedores y educativos para los jóvenes estudiantes: biblioteca, salas de lectura y de reunión, locales deportivos, sala para música, teatro, cine y televisión, jardines... Estos centros deben organizar conferencias, teatro y cine-clubs, lecturas públicas, excursiones y vacaciones.

En el plano de la *reforma administrativa* sugeriríamos el reunificar todas las actividades educativas en un cuadro coherente y bajo la tutela de un ministerio único; y por otra parte, y como medida complementaria, favorecer la descentralización, que estimula la iniciativa y facilita la adaptación y eficiencia en el plano de las realizaciones concretas. Lo que se llama «participación democrática a la gestión de la empresa» es posible y deseable en un establecimiento educativo; todo adulto empleado en él es (debe ser) educador. Los padres de los escolares deben sentirse afectados por la prosperidad de su escuela, y no sólo en el plano individual, sino colectivamente. En ninguna parte es tan necesario el trabajar en equipo como en la tarea educativa: consejos de clase, de estudio, etc.

La *renovación de los internados* es problema esencial dentro del terreno educativo; no hay razón alguna para que se asemejen a un cuartel o a una prisión; queda mucho por hacer para que sean una comunidad viviente de adolescentes, en la que se respete la necesidad de calor humano, de iniciativa, de soledad; en la que la alegría de vivir no se reduzca al hecho de ser jóvenes y de vivir juntos. La vida anónima, regulada solamente por prohibiciones, no engendra sino rebeldía y vandalismo.

El desarrollo extraordinario de las ciencias plantea un delicado problema a los pedagogos: el de la *renovación permanente de su enseñanza*. La revisión periódica de los programas resulta para ellos un deber ineludible (pensemos, por ejemplo, en el desarrollo de las ciencias físicas y naturales en los últimos treinta años), así como la reforma de los métodos. La experimentación en el terreno científico, la historia de los descubrimientos, la creación de clubs científicos mantendrán alerta el interés por el progreso de la ciencia. *Otros objetivos de la educación deben ser*: el cultivo de la lengua materna por medio de ejercicios orales y escritos, el atender a la formación cívica (económica, sociológica, política), tan descuidada; enseñar a informarse: comparar periódicos, emisiones..., e iniciar en su elaboración; educar en las bellas artes, en las actividades manuales, en los ejercicios físicos, en la abertura a lo extranjero por el contacto personal con otras culturas y pueblos; favorecer el contacto humano entre profesores y alumnos: número reducido de alumnos, trabajo dirigido, conocimiento individual, adaptación a la psicología del niño y del adolescente, organización por grupos de

trabajo; suscitar la actividad personal profunda, enseñar a aprender, a buscar, a esforzarse, a perseverar; formar, en fin, en las virtudes sociales: aceptación del otro, leal colaboración, solidaridad, responsabilidad colectiva, iniciativa y libertad, caridad.

* * *

Estas son las ideas centrales y sugerencias principales del «manifiesto». Por relacionarse íntimamente con la formación integral del joven de hoy, he querido resumirlas para dar a los lectores de *SÍMITE* tema de reflexión. Con ligeros retoques, esas ideas son aplicables a España y a los países de lengua hispánica.

La educación cristiana, por ser tal, tiene que cultivar armónicamente todos los valores humanos, y los cambios de los tiempos obligan al educador a revisar sus funciones, pues nada más opuesto a la adaptación y al progreso que la monotonía rutinaria.

Un solo vacío tiene el programa. Y el vacío es capital. No hay una palabra sobre la formación religiosa. Puede que tengamos que comprenderlo, ya que se dirige a una nación que se define «república laica» en el artículo 1.º de su Constitución. Objetivamente, no obstante, hemos de lamentarlo, pues siempre será cierto que lo religioso es el primero, el más íntimo y el más necesario de los valores del hombre integral.

Y por eso, al aplicarlo a nuestro ambiente —gracias a Dios, más favorecido respecto de ese valor primordial—, comencemos por rodear esa formación religiosa de todos los cuidados que el hoy exige con urgencia: formación de los educadores cristianos, jerarquía de valores, reforma de métodos pastorales y pedagógicos.

Ignacio MENGES, FSC.

LA RELIGIOSIDAD DE NUESTROS JOVENES EN UN MOMENTO CRITICO

Emiliano MENCIA FUENTE, F. S. C., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1962, XXVI-300 p., 21,5 x 16.

«El libro se divide en dos partes; la primera comprende el objeto, método y proceso del estudio; la segunda está dedicada a la exposición de los resultados obtenidos por medio de los cuestionarios, resultados que se refieren a la religiosidad de los jóvenes, a su aspecto ideodoctrinal, religión, vida, conducta, pecado, oración, sacramentos y actos de culto, asociaciones religiosas y apostolado.

El trabajo está bien delimitado; se refiere a los jóvenes que han hecho sus estudios en colegios de religiosos, y al preciso momento en que terminan sus estudios de enseñanza media e inician las carreras superiores. El estudio de Mencía toma el pulso de la vida religiosa de estos jóvenes que tienen que enfrentarse en su nuevo campo con formas de vida, preocupaciones, luchas y tantos otros elementos, que exigen sólida formación y adecuada orientación.

El método que ha seguido Mencía es rigurosamente científico, por medio de cuestionarios muy bien elaborados; 47 son las cuestiones planteadas. El libro tiene muchas gráficas que son otros tantos testimonios de la solidez, seriedad y valor muy positivo del trabajo llevado a cabo.»

(Cf.: Ruiz, Félix, «Augustinus» 8 (1963), 259-260.)

EL MAESTRO EN LA PEDAGOGIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Carlos ALCALDE GÓMEZ, F. S. C., Colección SINITE, núm. 3, Edit. Bruño, Madrid, 1961, 485 p., 23,5 x 16,5.

«Se trata de la tesis doctoral del autor, que actualmente desempeña una cátedra en la Sección de Pedagogía en la Universidad Pontificia de Salamanca. Su obra llena una laguna en la literatura pedagógica española; faltaba en nuestra lengua una exposición larga y documentada del pensamiento lasaliano sobre el maestro. Un compañero de hábito nos había descubierto el engarce teológico del pensamiento pedagógico de San Juan Bautista de La Salle; pero faltaba la exposición total y plena sobre este tema.

Alcalde Gómez lo hace con pericia y acierto: analiza en primer término la circunstancia pedagógica en la empresa lasaliana en Francia y las instituciones magistrales del Fundador; luego presenta el *concepto* que del maestro se forjara La Salle, y desentraña luego su *esencia* a través de la formación, polifacética que debe recibir y con la cual debe realizar, en pleno optimismo pedagógico, su amplia acción que se define por una pedagogía diferencial, por una pedagogía del corazón, por la de la ejemplaridad y la de la abnegación.

El estudio se hace tomando por fuentes, no sólo las estrictamente lasalianas, sí que también las subsiguientes anteriores a la revolución francesa.»

(Cfr.: C. V. P., «Revista Calasancia» 9 (1962,I), 402.)